

El mismo día.

Volvemos sin haber violado ninguna condicion del pacto ajustado con los religiosos, al convento de S. Juan en el desierto. Nos reciben con una confianza y una caridad que nos enternecen, porque si no fuéramos hombres de honor, si uno de nuestros árabes solamente hubiera burlado nuestra vigilancia y comunicado con los apestados, acaso llevaríamos la muerte al convento.

29 de Octubre 1832.

Salimos á las cinco de la mañana del desierto de S. Juan con todos nuestros caballos, escoltas, árabes de Abugosh y cuatro ginetes enviados por el gobernador de Jerusalem. Establecemos nuestro campamento á dos tiros de fusil de las murallas, al lado del cementerio turco, todo cubierto de tiendecillas adonde las mugeres van á llorar. Estas tiendas están llenas de mugeres, de niños y de esclavos, que llevan canastillos de flores que plantan por el día al rededor de la sepultura. Nuestros ginetes de Naplusa entran solos en la ciudad y van á avisar nuestra llegada al gobernador. Mién-

tras llevan nuestro mensaje, nos quitamos los zapatos, las botas y las trabillas de paño, que pueden comunicarnos la peste, y nos calzamos unas babuchas de taflete; nos untamos con aceite y con ajos, preservativo que he discurrido recordando el hecho reconocido en Constantinopla que los aceites están ménos sujetos al contagio. Al cabo de media hora vemos salir por la puerta de Belen al kiaya del gobernador, al intérprete del convento de los frailes latinos, cinco ó seis ginetes vestidos con brillantes trages y llevando bastones de puños de oro y plata, y en fin nuestros propios ginetes de Naplusa y algunos jóvenes pages tambien á caballo. Salímosles al encuentro, se forman en dos hileras á nuestros lados y entramos por la puerta de Belen: tres apestados, muertos la noche anterior, salian por ella en el mismo instante, y por un momento los que los llevan nos disputan el paso bajo la sombría bóveda de la entrada de la ciudad. Inmediatamente despues de haber pasado aquella bóveda, nos hallamos en una encrucijada compuesta de pequeñas y miserables casas, y de algunas huertas incultas, cuyas tapias están desmoronadas. Seguimos un momento el camino mas ancho de aquella encrucijada, que nos conduce á una ó dos callejuelas oscuras, estrechas y sucias, y en las que no vemos mas que entierros que pasan precipitadamente arrimándose á las tapias, á la voz y bajo el baston levantado de los genízaros del gobernador. De

trecho en trecho, se ven algunos vendedores de pan y de fruta, cubiertos de andrajos, sentados á la puerta de unos puestecillos, con sus cestos sobre las rodillas y pregonando sus mercancías como en los mercados de nuestras grandes ciudades. De cuando en cuando, una muger tapada con su velo se asoma á la ventana con rejas de madera de aquellas casas, un niño sobre una puerta baja y sombría, y va á comprar, para la familia, la provision del dia. Por donde quiera estas calles están obstruidas con escombros y basureros, y sobre todo con montones de trapos de paño y de algodón teñidos de azul que el viento barre como las hojas secas, y cuyo contacto no podemos evitar: —por medio de estas inmundicias y de estos trapos, de que está cubierto el piso de las ciudades de Oriente, es como mas se comunica la peste. Hasta ahora no vemos en las calles de Jerusalem, nada que anuncie la morada de una nacion; ninguna señal de riqueza, de movimiento, de vida; el aspecto exterior nos habia engañado, como tantas veces nos habia sucedido ya en otras ciudades de Grecia ó de la Siria. La mas miserable aldea de los Alpes ó de los Pirineos, las mas sucias callejuelas de nuestros arrabales abandonados á las últimas clases de nuestras poblaciones de jornaleros, tienen mas aseo, lujo y elegancia que estas calles desiertas de la reina de las ciudades; solo encontramos algunos beduinos, montados en yeguas árabes, cuyo pié resbala ó se mete en los agujeros de que es-

tá lleno el empedrado. Estos hombres no tienen el porte noble y caballeresco de los jeques árabes de la Siria y del Líbano; su fisonomía es feroz, sus ojos son de buitre, su traje de bandoleros.

Despues de haber circulado un buen rato por estas calles, todas semejantes, detenidos de cuando en cuando por el intérprete del convento latino, que enseñándonos una casa turca medio demolida, una antigua puerta de madera rajada, los escombros de una ventana moruna, nos decia:—Esa es la casa de la Verónica, la puerta del Judío Errante, la Ventana del pretorio; — palabras que solo producian en nosotros una triste impresion, pues las desmentia el aspecto evidentemente moderno, y la fragante inverosimilitud de aquellas arbitrarias demostraciones, — piadosos fraudes de que nadie es culpable, porque datan de no sé quien, y porque se repiten tal vez hace siglos á los peregrinos, cuya ignorante credulidad las ha inventado, — nos enseñan en fin el convento latino, pero no podemos entrar en él: — los religiosos están en cuarentena y el convento está cerrado en tiempo de peste. Una casita que depende de él está únicamente abierta á los estrangeros bajo la direccion del religioso, cura de Jerusalem; no tiene más que uno ó dos cuartos, y cabalmente están ocupados. Nos introducen en un pequeño patio cuadrado, ceñido por todos lados de altas galerías en arco que sostiene azoteas, y que es el patio de un convento: los

religiosos vienen á las azoteas y departen algunos momentos con nosotros en español y en italiano. Ninguno de ellos habla francés; los que vemos son casi todos ancianos, de fisonomía dulce, venerable y feliz; nos acogen con alegría y cordialidad, y muestran sentir mucho que la calamidad reinante les vede toda comunicacion con unos huéspedes espuestos, como nosotros, á adquirir y á comunicar la peste. Les damos noticias de Europa, y ellos nos ofrecen los ausilios que suministra su país. Un carnicero mata dos carneros para nosotros en el patio: nos bajan panes tiernos con una cuerda, desde lo alto de las azoteas: del mismo modo recibimos de ellos una provision de cruces, de rosarios, y otras devotas curiosidades, de que siempre tienen almacenes copiosamente provistos; les entregamos en cambio algunas limosnas y cartas que nos han dado para ellos sus amigos de Chipre y de Siria. Cada objeto que pasa de nosotros á ellos empieza por ser sometido á una rigorosa fumigacion, luego se mete en agua fria y se encarama en fin á lo alto de la azotea en una palangana de cobre atada á una cuerda. Estos pobres religiosos parecen mas aterrados que nosotros del peligro que los rodea; tantas veces han experimentado que la mas ligera imprudencia en la observancia de las reglas sanitarias se llevaba en pocas horas un convento entero, que las observan con rigurosa fidelidad. No pueden comprender como nos

hemos metido por nuestro gusto en este océano de contagio tan peligroso. El cura de Jesusalen, por el contrario, obligado por su oficio á correr la suerte de sus feligreses, quiere persuadirnos de que no hay peste.

Al cabo de media hora de conversacion con aquellos religiosos, la campana los llama á misa. Dámosles las gracias; nos desean un feliz viage, enviamos á nuestro campamento las provisiones y los víveres que nos hemos proporcionado, y salimos del patio del convento.

Despues de haber bajado algunas otras calles semejantes á las que acabo de describir, nos ballamos en una pequeña plaza, abierta al norte sobre el fondo del cielo y de la colina de los Olivos; á nuestra izquierda, llegamos bajando algunos escalones á un atrio descubierto, sobre el cual daba la fachada de la iglesia del Santo Sepulcro. Esta iglesia ha sido descrita tantas veces y tan bien, que no la describiré de nuevo:—es, en el exterior sobre todo, un vasto y hermoso monumento de la época bizantina; su arquitectura es grave, solemne, grandiosa y rica, para el tiempo en que se construyó:—es un digno pabellon puesto por la piedad de los hombres sobre el sepulcro del Hijo del hombre. Comparando esta iglesia con lo que produjo la misma época, se la encuentra superior á todo. Santa Sofía, mucho mas colosal, es mu-

cho mas bárbara en su forma; por fuera, no es mas que una montaña de piedras flanqueada de colinas de piedras; el Santo Sepulcro, por el contrario, es una cúpula aerea, cincelada, en que el sábio y gracioso corte de las puertas, de las ventanas, de los capiteles y de las cornisas, añade al conjunto el inestimable realce de un trabajo hábil, en que la piedra se ha convertido en encaje para ser digna de entrar en aquel monumento erigido al mas grande pensamiento humano, en que el pensamiento mismo que le ha erigido está escrito en los pormenores como en el total del edificio. Verdad es que la iglesia del Santo Sepulcro no está hoy tal cual Santa Elena, madre de Constantino, la construyó; los reyes de Jerusalem la retocaron y la embellecieron con ornatos de aquella arquitectura semi-occidental, semi-moruna, cuyo gusto y modelos hallaron en Oriente; pero tal cual aparece en el dia, por fuera, con su mole bizantina y sus decoraciones griegas, góticas y arabescas, hasta con las desgarraduras, llagas del tiempo y de los bárbaros, que están impresas en su fachada, no forma contraste con el pensamiento que se lleva á ella, con el pensamiento que espresa; no se experimenta á su aspecto aquella penosa impresion de una grande idea mal espresada, de un gran recuerdo profanado por la mano de los hombres; al contrario, se dice uno involuntariamente:—Esto es lo que yo esperaba. El hombre ha hecho todo lo

mas que ha podido: el monumento no es digno de la sepultura, pero es digno de esta raza humana que ha querido honrar aquel gran sepulcro; y se entra en el vestíbulo envobedado y sombrío de la nave bajo el influjo de esta primera y grave impresion.

A la izquierda, entrando en aquel vestíbulo en que se abre el atrio mismo de la nave en el hueco de un ancho y profundo nicho en que habia estatuas antiguamente, los turcos han establecido su divan: ellos son los guardas del Santo Sepulcro, que ellos solos tienen derecho de cerrar ó abrir. Cuando yo pasé, cinco ó seis venerables turcos de larga barba estaban sentados en aquel divan cubierto de ricas alfombras de Alepo, sobre las cuales se veian en derredor de ellos tazas de café y pipas; saludáronnos con afable dignidad, y dieron orden á uno de los vigilantes de acompañarnos á todos los puntos de la iglesia. Nada ví en sus semblantes, en sus espresiones ó en sus ademanes, de aquella irreverencia de que se los acusa: ellos no entran en la iglesia, se están á la puerta y hablan á los cristianos con la brevedad y el respeto que comportan el lugar y el objeto de la visita. Posesores, por la guerra, del monumento sagrado de los cristianos, no le destruyen, no arrojan sus cenizas al viento, antes bien le conservan y mantienen en él un orden, una policía y una silenciosa reverencia de que las comuniones cristianas que se

le disputan, están en verdad muy distantes de dar el ejemplo.

Cuidan de que la reliquia comun de todos los que llevan el nombre de cristianos se conserve ile-  
sa para todos, á fin de que cada comunion goce á su vez, del culto que quiere tributar al Santo Sepulcro. Sin los turcos, este sepulcro que se disputan los griegos y los católicos, y las innumerables ramificaciones de la idea cristiana, hubiera sido ya cien veces un objeto de lucha entre aquellas comuniones rencorosas y rivales, hubiera ido pasando esclusivamente de una á otra, y sin duda, hubiera estado cerrado á los enemigos de la comunion triunfante. No veo en esto motivo para acusar é injuriar á los turcos. Esa supuesta intolerancia brutal de que los acusan los ignorantes, no se manifiesta mas que con la tolerancia y el respeto á lo que veneran y adoran los otros hombres. Donde quiera que el musulman ve la idea de Dios en el pensamiento de sus hermanos, se inclina y respeta: cree que la idea santifica la forma, y es, en realidad, el único pueblo tolerante. Pregúntense de buena fé los cristianos qué hubieran hecho si los azares de la guerra hubieran puesto en sus manos la Meca ó la Kaba: ¿dejarían á los turcos acudir de todos los puntos de Europa y Asia á venerar en paz los monumentos conservados del islamismo?

En el remate de aquel vestíbulo, nos hallamos

bajo la ancha cúpula de la iglesia. El centro de esta cúpula, que las tradiciones locales suponen ser el centro de la tierra, está ocupado por un pequeño monumento encerrado en el grande, como una piedra preciosa engastada en otra. Este monumento interior es un cuadrilongo, adornado con algunas pilastras, una cornisa y una cúpula de mármol, todo ello de mal gusto y de un dibujo duro y extravagante; reconstruyóle en 1817 un arquitecto europeo, á espensas de la iglesia griega que lo posee ahora. En todo el circuito de este pabellon interior del sepulcro, reina el vacío de la gran cúpula exterior; por él se circula libremente, y se hallan, de pilar en pilar, espaciosas y profundas capillas dedicadas cada cual á uno de los misterios de la pasion de Cristo; todas encierran algunos testimonios reales ó supuestos de las escenas de la Redencion; la parte de la iglesia del Santo Sepulcro que no está bajo la cúpula, está exclusivamente reservada á los griegos cismáticos; un tabique de madera pintada y cubierto de cuadros de la escuela griega, divide esta nave de la otra. A pesar de la estraña profusion de malas pinturas y de adornos de todos géneros de que están recargados el altar y las paredes, su conjunto es de un efecto grave y religioso; se conoce que la oracion, bajo todas formas, ha invadido aquel santuario y acumulado todo lo que unas generaciones supersticiosas, pero fervientes, han creído tener verdadera-

mente precioso; una escalera labrada en la roca conduce desde allí á la cima del Calvario, donde se clavaron las tres cruces; el Calvario, el Sepulcro y otros muchos puntos del drama de la Redención se hallan de esta suerte reunidos bajo el techo de un solo edificio de regular estension: esto parece poco conforme á los textos de los evangelios, y muy distante está uno de esperarse hallar la sepultura de José de Arimatia labrada en la peña fuera de los muros de Sion, á cincuenta pasos del Calvario, lugar de las ejecuciones de muerte, encerrado en el recinto de las murallas modernas; pero tales son las tradiciones y han prevalecido. El entendimiento no arguye sobre semejante escena por algunos pasos de diferencia entre las verosimilitudes históricas y las tradiciones; fuese aquí ó allá, lo cierto es que no fué léjos de los sitios que nos designan. Despues de un momento de meditacion profunda y silenciosa, consagrada, en cada uno de aquellos sitios sagrados, á la memoria que recordaba, volvimos á bajar al recinto de la iglesia, y penetramos en el monumento interior que sirve de cortina de piedra ó de cobertor al sepulcro: está dividido en dos santuarios; en el primero se halla la piedra donde estaban sentados los ángeles cuando respondieron á las santas mugeres: *Ya no está aquí, ha resucitado*; el segundo y último santuario encierra el sepulcro, cubierto tambien de una especie de sarcófago de mármol

blanco, que rodea y oculta enteramente á la vista la sustancia misma de la roca primitiva en que estaba abierto el sepulcro. Lámparas de oro y de plata, siempre ardiendo, alumbran esta capilla, en la que arden perfumes dia y noche; el aire que se respira allí es tibio y balsámico; entramos en ella uno á uno, separadamente, sin permitir á ninguno de los vigilantes del templo que entrase con nosotros, y separado del primer santuario por una cortina carmesí:—no queriamos que ninguna mirada turbase la solemnidad del lugar ni la intimidad de las impresiones que podria inspirar á cada uno, segun su pensamiento y segun la medida y la naturaleza de su fé en el gran suceso que recuerda aquella sepultura; todos pasamos en ella cosa de un cuarto de hora y ninguno salió con los ojos secos. Cualquiera que sea la forma que las meditaciones interiores, la lectura de la historia, los años, las vicisitudes del corazon y del entendimiento del hombre, hayan dado al sentimiento religioso en su alma, ya hayan conservado la letra del cristianismo y los dogmas de su madre, ya no profese mas que un cristianismo filosófico y segun la mente; ya sea Cristo para él un Dios crucificado, ya no vea en él mas que al mas santo de los hombres divinizado por la virtud, inspirado por la verdad suprema y muriendo por dar testimonio á su Padre; que Jesus sea á sus ojos el hijo de Dios ó el hijo del hombre, la divinidad hecha hombre, ó la humanidad

divinizada, siempre el cristianismo es la religion de sus recuerdos, de su corazon y de su imaginacion, pues no ha podido evaporarse hasta tal punto al viento del siglo y de la vida, que el alma en que penetró algun dia no conserve su primer olor, y que el aspecto de los sitios y de los monumentos visibles de su primer culto no rejuvenezca en él sus impresiones, y no le imprima un solemne sacudimiento. Para el cristiano ó para el filósofo, para el moralista ó para el historiador, esta sepultura es el límite que separa dos mundos, el antiguo y el nuevo; es el punto de partida de una idea que ha renovado el universo, de una civilizacion que lo ha trasformado todo, de una palabra que ha resonado sobre todo el globo:—esta sepultura es la tumba del antiguo mundo y la cuna del mundo nuevo; ninguna piedra en la tierra ha sido el cimiento de un edificio tan vasto; ninguna sepultura ha sido tan fecunda; ninguna doctrina enterrada tres dias ó tres siglos ha quebrantado de un modo tan victorioso el peñasco que el hombre habia sellado sobre ella, ni ha dado un mentís á la muerte con una tan brillante y perpetua resurreccion!

Entré á mi vez y el último en el Santo Sepulcro, lleno el espíritu de estas ideas inmensas, agitado el corazon por las mas íntimas impresiones que son un misterio entre el hombre y su alma, entre el insecto pensador y el creador:—estas impre-

siones no se escriben, —se eeshalan con el humo de las devotas lámparas, con los perfumes de los incensarios, con el vago y confuso murmullo de los suspiros; caen con las lágrimas que se agolpan á los ojos al recuerdo de los primeros nombres que hemòs tartamudeado en nuestra infancia, del padre y de la madre que nos los han enseñado, de los hermanos y de las hermanas, de los amigos con quienes los hemòs murmurado; todas las impresiones piadosas que han conmovido nuestra alma en todas las épocas de lá vida, todas las oraciones que han salido de nuestro corazon y de nuestros labios al nombre de aquel que nos enseñó á implorar á su Padre y al nuestro; todas las alegrías, todas las tristezas del pensamiento cuyo language fueron aquellas oraciones, se despiertan en el fondo del alma y producen, con su estruendo, con su confusion, aquel deslumbramiento de la inteligencia, aquel enternecimiento del corazon, que no buscan palabras, y que se resuelven en el llanto de los ojos, en los sollozos del pecho, en una frente que se inclina y en una boca que se estampa silenciosamente en la losa de un sepulcro. Largo rato estuve así implorando al cielo, al Padre, allí, en el sitio mismo donde la mas bella de las plegarias subió por primera vez al cielo; orando por mi padre aquí abajo, por mi madre en otro mundo, por todos los que ecsisten ó ya no ecsisten; pero con quienes nunca se ha roto el lazo invisible:—la co-